PATAGONIA CHILENA:
LA SEGUNDA ENTREGA

Por Cristian Salazar Naudón

Publicado en: www.soberaniachile.cl

Este trabajo corresponde a la conferencia titulada “Patagonia Chilena: La Segunda Entrega”, presentada por el autor en el Salón del Círculo de Sub Oficiales en Retiro el miércoles 24 de noviembre de 2004 bajo los auspicios del Centro de Estudios Históricos Lircay.

Estimados miembros y amigos del Círculo de Sub Oficiales en Retiro
Integrantes de la Cía. Tradicional de Telecomunicaciones Sgto. 2º Fernando Sepúlveda Millán
Comandante de la Cí.a Sr. Luis Villagra Ibarra
Directores y miembros del Centro de Estudios Históricos Lircay
Directores y miembros de la Corporación de Defensa de la Soberanía
Damas y caballeros presentes:

En 1930, vería la luz pública un extraordinario documento titulado "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos", del connotado investigador nacional José Miguel Yrarrázaval Larraín. En la obra, el autor arremete con dureza contra todas las figuras históricas y políticas que considera culpables de la infausta pérdida de más de un millón de kilómetros cuadrados de la Patagonia oriental, cedidos a la Argentina por el Tratado de 1881. Entrega que -dicho sea de paso- privó a Chile de la posibilidad de gozar de sus derechos jurídicos en el territorio, abandonando su condición bioceánica y desprendiéndose de los suelos más ricos de la región continental. Si resultara necesario partir por las críticas a la obra de Yrarrázaval, no se puede dejar pasar su tal vez exagerada atención sobre la figura de Diego Barros Arana como responsable de tan dañina entrega, en circunstancias de que la misma fue fraguada desde las altas esferas del Gobierno, incluyendo ministros, asesores y hasta los propios Presidentes de la República de aquel período de años. Además, el autor se desentiende de la responsabilidad que en todo ese proceso le cabe también a uno de sus ancestros, don Ramón Luis Yrarrázaval, quien siendo Ministro de Interior del Presidente Bulnes, declaró erradamente que a la Argentina también le asistían derechos sobre el territorio chileno de Magallanes.

Ahora bien, si debemos concentrarnos en los aciertos de este trabajo, no hay duda que, por encima de todo, "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos" tiene el mérito de haber despertado, sin proponérselo quizás, uno de los debates intelectuales más intensos de la historia de la prensa chilena, cuando académicos de distintas corrientes comenzaron a tomar posiciones en la revisión de las circunstancias en que se dio la entrega de la Patagonia, debate que, hasta entonces, resultaba un tabú y llevaba cerca de medio siglo siendo evadido, en especial porque las culpas inevitablemente salpicarían los retratos de una gran cantidad de figuras de alto valor cultural y político en los anales chilenos, consideradas muchas veces verdaderas "vacas sagradas", intocables e incuestionables.

En este debate, intelectuales como don Omer Emeth (*nota: el pseudónimo editorial de Emilio Vaisse*) tomaron partido por Yrarrázaval. En el bando contrario, se situaron figuras como el historiador Ricardo Donoso Novoa y el don Alberto Edwards.

Aunque deba reconocerse la pluma obcecada de Yrarrázaval al discurrir entre las páginas de la historia y de los personajes de la época repartiendo tajadas del pastel de las culpas de tan dramática entrega territorial, no hay duda alguna de que su trabajo permitió pautar perfectamente lo que fue un proceso irreversible de entreguismo, basado en la ignorancia, el desconocimiento de la geografía, la apatía general de los círculos intelectuales para defender el territorio nacional y, por sobre todo, las quimeras de integración y confraternidad americana, que poco después lucirían marchitas bajo la pesada sombra de la dolorosa realidad continental de los pueblos liberados por la espada de Bolívar, San Martín y O'Higgins.

De este modo, en el diario "El Mercurio", principal soporte del debate generado por Yrarrázaval, concluía el autor en una columna editorial del 31 de marzo de 1931:

"Tal pérdida debe achacarse –lo hemos dicho- a la labor del geógrafo Barros Arana que desde 1871 en su texto oficial de Geografía Física, y en su cátedra, había declarado, copiando a su maestro Darwin, que la Patagonia toda era inhabitable y estéril; a las insistentes declaraciones al respecto de Vicuña Mackenna; al torpe giro dado a la misión de Lastarria; a la desgraciada actitud sobre todo del Presidente Errázuriz Zañartu en presencia de las provocaciones argentinas de 1875; a la elección hecha por este mismo Presidente de Barros Arana como representante de Chile para la defensa ante Argentina de la Patagonia, cuyo valor negaba; y muy en especial a las instrucciones impartidas por sus jefes al propio Barros Arana al partir su misión, instrucciones dadas a la publicidad poco después y que equivalían a la renuncia de Chile a casi la totalidad de la Patagonia, destruyendo así, tal propaganda y tales actuaciones, la patriótica y tenaz labor del Ministro don Adolfo Ibáñez (1871 a abril 1875) y de sus dignos colaboradores: Don Guillermo Blest Gana, don Miguel Luis Amunátegui y don Carlos Morla Vicuña".

Sin embargo, ni todo el debate, ni toda la polémica, ni todo el escándalo bibliotecario generado por la obra de Yrarrázaval pudieron dejar una lección valedera entre políticos e intelectuales chilenos de que el juicio histórico llega tarde, pero siempre llega. Cuatro nuevas entregas de territorio chileno a la Argentina a cambio de paz y amistad volverían a tener lugar en los años posteriores a esta escaramuza académica: los valles del Alto Palena en 1966, la mitad del Canal Beagle en 1985, Laguna del Desierto en 1994 y el área oriental de Campo de Hielo Patagónico Sur, en proceso desde 1998.

Para cada nuevo caso, se han repetido todos y cada uno de los mismos errores que Yrarrázaval quiso señalar tan majaderamente en su libro: la liviandad con que se asumen los problemas limítrofes, el desconocimiento de las autoridades sobre el territorio en litigio, la incapacidad de sopesar objetivamente los derechos jurídicos en juego, la leguleya tendencia innata de los políticos chilenos y, por supuesto, la nefasta costumbre de seguir cómodamente las opiniones de quienes no son expertos ni versados en los temas protagónicos.

Tras leer "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos", la pregunta surge espontánea, aunque tal vez no por sí sola: ¿Es tan distinto el panorama actual de Chile, respecto de aquel que describe el autor como el responsable de nuestra mayor entrega histórica de territorio?

A tantas décadas de su publicación, la triste y definitiva respuesta es no. Sencillamente no.

Al esencial peligro que ha constituido la geopolítica y la geoestrategia de un vecino en doscientos años de convivencia, cuyo resultado ha sido la Primera Entrega de la Patagonia aparentemente culminada con los procesos de Laguna del Desierto y Campo de Hielo Sur, se ha sumado en años recientes un nuevo factor de presión que no estaba en los registros de quienes debieron dar la lidia contra el entreguismo del siglo XIX y del resto del siglo XX; un peligro aún más dañino que todos estos despojos territoriales juntos a que hemos hecho referencia: El poder sin rostro del dinero... La bandera sin color del capital internacional, poderoso, oscuro, impreciso, pero sólido e imbatible.

Sí, porque aún si Yrarrázaval no tenía las herramientas para distinguir en 1930 al poder internacional del dinero como un peligro a la soberanía nacional, la pauta que presenta en su aludido trabajo nos permite identificar con toda precisión un nuevo y siniestro proceso organizado de entrega del territorio patagónico que, hasta ahora, había logrado sobrevivir

íntegro en el suelo patrio al que pertenece. Un proceso del que, quienes estamos aquí presentes, en esta hora y en este territorio, tenemos el triste privilegio de ser testigos presenciales, de primera fila: El proceso de la Segunda Entrega de la Patagonia, iniciada entre fines del siglo XX y nuestra actual centuria. O, si se quiere ser más preciso, llamémosle la *Venta Final* de la Patagonia.

Poniendo de este modo, nuestro primer pie dentro de este oscuro y complejo asunto, intentemos iluminarlo con el fulgor que aún emana de las líneas escritas por Yrarrázaval.

LOS FALSOS ORÁCULOS

En "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos", el investigador parte señalando la influencia de lo que denomina "los falsos oráculos", es decir, las figuras icónicas que, por el efecto de halo que rodea sus vidas exitosas o el reconocimiento de sus trabajos, son tomadas ciegamente como referencias autorizadas en determinadas materias de las que no son ni siquiera medianamente expertos, conduciendo a sus simpatizantes a edificar sendos errores de evaluación al no verificar directamente el mantra de afirmaciones erróneas sobre el cual caen tendidos de admiración.

Tal sería el caso del científico británico Charles Darwin, cuya pésima y muy parcial descripción de la geografía de la Patagonia en la obra "Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo", dejó convencidos a intelectuales como Barros Arana de la inutilidad y esterilidad de aquellas tierras, que en realidad eran las más valiosas de todo el Cono Sur. Siguiendo con el dedo las equivocadas líneas del autor de la Teoría de la Evolución de las Especies, nuestro distinguido Barros Arana, que nunca antes había estado de visita en la Patagonia, repite todas estas opiniones sobre la leyenda negra, describiéndola como un territorio maldito e infernal. ¿Cómo no hacerlo, si Darwin, el más grande de los científicos de la época, lo dijo? ¿Qué defensa de los derechos chilenos podría esperarse, entonces, en una misión encargada a alguien que hacía sólo unos años había descrito el territorio en litigio como *"un inmenso desierto"* en el que sólo existiría *"una vegetación raquítica y espinosa"* y *"aguas salobres, lagos salados"*?

Demos un salto a nuestros días. ¿Dónde está ahora el "Falso Oráculo"? ¿Dónde se encuentra el mito que algunos están dispuestos a seguir hipnóticamente sin reparar en consecuencias ni alcances para valores fundamentales de la integridad nacional, como es el territorio?

A partir de hace unos años hasta la fecha, los chilenos nos hemos debido familiarizar con la presencia de los llamados "ecofilántropos": poderosos magnates extranjeros, miembros de organizaciones no gubernamentales internacionales que manejan una capacidad financiera escalofriante, han ido comprando paulatinamente vastas extensiones de territorio nacional, en muchos casos de cordillera a mar y en puntos estratégicos para el desarrollo regional, postergando años de esfuerzos económicos y frustrando planes de colonización que se remontan, cuanto menos, a mediados del siglo anterior. Del mismo modo, compran también territorios patagónicos argentinos, en muchos casos colindantes con la frontera chilena y con sus propios fundos o terrenos del lado chileno de la cordillera.

¿Cómo es posible que en un país soberano, democrático y serio, donde las "instituciones funcionan" según sus autoridades, pueda tener lugar semejante muestra de despojo y saqueo? Simplemente, porque un "Falso Oráculo" se ha alzado como hado de la justificación absoluta

e incuestionable, capaz de revertir la condena a tan innoble situación, arrastrándola hasta terrenos de veneración y admiración dignos de imitar. Ese "Falso Oráculo" se llama Ecología Profunda, el fundamentalismo ecológico expresando en niveles que sólo este Nuevo Orden del Mundo lo permitiría, dando origen a las corrientes de un Cartel Verde capaz de inmiscuirse sin rubores en la realidad de los países, especialmente de aquellos en vías de desarrollo, amparado en el poder internacional del dinero.

Creado en los años setenta por el noruego Arne Naess, el "Falso Oráculo" de la Ecología Profunda se presenta a sí misma como un movimiento integrador y regulador de la relación entre el hombre y la naturaleza, cual aspiración a la noósfera de Chardin. Sin embargo, entre sus principios fundamentales declara que:

> *"…el florecer de la vida y de la cultura humana es compatible con un descenso radical en el número de la población humana… el florecer de la vida no humana también necesita de este descenso"*.

En otras palabras, una ideología fundamentalista, cuya visión sombría de la relación hombre-naturaleza se traduce en una propuesta misantrópica y con características religiosas más que científicas.

Nada refleja mejor tal disposición inhumana y fundamentalista que la propia actitud que han tenido los magnates "ecofilántropos" que han llegado al bosque austral chileno a blandir la espada del "Falso Oráculo" ecologista. Colonos expulsados de los terrenos en los que llevaban años residiendo, procesos judiciales escandalosos y con resultados abusivos, amenazas reiteradas e incluso agresiones contra humildes compatriotas se han negado a vender sus predios y hasta el incendio intencional de toda una villa de pioneros en el sector de Melimoyu.

Y, mientras tanto, políticos y autoridades de Santiago, desde las cómodas oficinas con aire acondicionado y temperatura regulada, en las que siempre es primavera, defienden a brazo partido a los agentes del "Falso Oráculo" ecológico, siguen ciegamente el discurso oficial de sus representantes, y repiten textualmente las palabras complacientes y tan políticamente correctas que quienes se han presentado a nuestros ojos como bienhechores o benefactores de la humanidad.

LOS ROMÁNTICOS Y EL AMERICANISMO

Volviendo a 1930, no menos importante resultará para Yrarrázaval la participación de los llamados "Románticos" en el proceso de la entrega de la Patagonia, sentando en la pica del castigo, como primer representante de ellos, a don Benjamín Vicuña Mackenna, quien en enero de 1880, en pleno debate por los derechos de Chile en la Patagonia oriental, tuvo el desatino de publicar un impreciso libro titulado únicamente "La Patagonia". En esta obra, el ex Intendente de Santiago y ex candidato presidencial, reproduce insensatamente las impresiones de marinos extranjeros que vivieron duras aventuras en la región señalada, inclusive secuestros y ataques de indígenas locales. Creyendo que con esas experiencias podía configurar una imagen certera de aquel territorio en el que, al igual que Barros Arana, jamás había estado, el destacado intelectual chileno concluye que la enorme comarca patagónica no vale ni *"un metro cuadrado de lazareto de Playa Ancha*".

Por otro lado, "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos", fustiga como tal vez nunca antes se había visto a los "Americanistas", a quienes dedica también un capítulo completo sobre la quijotada chilena de 1865, cuando en un muy mal concebido sentimiento de lealtad al vecino, Chile corrió a enfrentarse contra la flota española socorriendo al Perú, cuyas islas guaneras Chincha fueron tomadas por los hispanos por disputas diplomáticas en las que nuestro país no tenía arte ni parte.

La decisión precipitada y delirante de ir a la guerra con la Península, significó intentar poner término inmediato a las cuestiones limítrofes de Atacama, con Bolivia, y la Patagonia, con Argentina, a pesar de que en aquel momento Chile se encontraba en una situación jurídica y militar ventajosa para conseguir una negociación favorable y definitiva a tales litigios. En su lugar, se cometió el error irreparable de enviar a otro icono de la intelectualidad chilena, don José Victorino Lastarria, a una misión hasta Buenos Aires que, junto con resultar en un fracaso absoluto, desató el principio del fin para las posibilidades de Chile de mantener para sí los territorios patagónicos y magallánicos en controversia, los que el enviado chileno se mostró dispuesto a renunciar en nombre de su país en favor de la Argentina.

No menos afortunado fue el intento de solución de la cuestión de límites con Bolivia, a través de un improvisado y poco realista Tratado de 1866, en el que Chile cedió una enormidad del territorio que consideraba suyo a favor de un condominio comercial y de una relación limítrofe que terminaría en un fiasco y que acabó por conducir inevitablemente a los hechos de la Guerra del Pacífico.

Irónicamente, la fiebre americanista que llevara a nuestras autoridades a declararle la guerra a España, a alimentar como nunca antes las pretensiones argentinas en el territorio patagónico y a dejar instalada una bomba de tiempo en las covaderas y salitreras atacameñas, fue pésimamente mal pagada por el supuesto aliado chileno, por el mismo país socorrido. La prensa y la sociedad del Perú celebraron con alegría la destrucción de Valparaíso por la flota hispana, en 1866, y menos de seis años más tarde se acercaban voluntariamente a Bolivia para iniciar las negociaciones que culminarían en la Alianza Secreta contra Chile, a la que también fue invitada generosamente la Argentina.

Ahora, en esta Segunda Entrega de la Patagonia, ¿quiénes son aquellos que cumplen la función abominable que "Románticos" y "Americanistas" consagraron para el entreguismo del siglo XIX?

El contexto mundial y la amplitud de las relaciones internacionales ya desplazaron hace bastantes años las concepciones localistas del Americanismo como opción real o inspiración concreta, salvo por supuesto, en los discursos políticos llenos de sensiblerías y emotividades colorinches. El mundo nos ha permitido, por lo tanto, acceder a espíritus de integración mayores y de escala planetaria: el Globalismo, el Mundialismo y el Internacionalismo.

Promesas de mundos mejores como la "Tercera Ola" de Albin Toffler, la "Aldea Global" de Marshall McLuhan o el "Fin de la Historia" de Francis Fukuyama, fueron identificadas rápidamente por algunos optimistas en el proceso de Globalización creciente. Aunque a todas luces se trataba de un fenómeno reducido al progreso de los avances en intercambios comerciales y en las tecnologías comunicacionales en el mundo, los incautos, los cándidos y los encandilados por la luz de las grandes novedades que se presentan a los ojos de las generaciones que sólo pudieron ser testigos de la grandeza, más no de su creación, abrieron

imprudentemente las puertas del Globalismo hasta instancias que atropellaban la autonomía de las naciones.

La nueva energía del mundo, el Globalismo, guiará el destino de los pueblos hacia una causa común y hacia un promisorio ordenamiento global. ¿Qué peligro puede revestir a Chile, entonces, el que un grupo de millonarios y organismos benefactores compren prácticamente un tercio del territorio austral habitable, si de todos modos las fronteras desaparecerán y los pueblos se fundirán en una sola comunidad planetaria, orientada al interés común? ¿Acaso no se trata, por lo tanto, de un avance al destino global de nuestras sociedades el permitir estas interacciones e interrelaciones que, a su vez, facilitarán también la necesidad de conservar y mantener para las futuras generaciones de este *mundo globalizado* el paisaje agreste y sobrecogedor de la naturaleza de aquellos tiempos en que los hombres aún eran tan torpes y retrasados que tenían banderas, ejércitos y lenguajes distintos?

No faltaron los ilusos que alzaron las nuevas banderas de batalla: ya no más fronteras, ya no más controversias territoriales, ya no más países. El Globalismo, de un momento a otro, mostraba ahora su verdadero rostro: el del *Global Invasionismo*, una corriente autojustificativa donde, hoy como ayer, siguen rigiendo las mismas leyes de hierro de la imposición de los intereses de un país o bloque sobre otro, donde la lucha por el poder continúa siendo tan descarnada como entre dos salvajes peleando a palos por el trono de la tribu, pero ahora con el plus extra de contar con el poder del dinero internacional para imponerse, ya sea por la paz o por el terror. Es decir, atrás de Toffler, atrás de McLuhan y atrás de Fukuyama, sigue alto y vigente George Orwell con su siniestra advertencia al mundo formulada en la obra futurista “1984”.

La situación del conflicto palestino-israelí, la crisis de Yugoslavia, la rebelión de Chechenia, la invasión de Irak y la actual confrontación entre el mundo cristiano occidental y el árabe tradicional deberían ser suficientes para poner en severa tela de juicio las promesas de mundos mejores y procesos sociales "naturales" ofrecidos por el Globalismo o, como ya hemos dicho, por el *Global Invasionismo*. En su lugar, perduran en Chile y el mundo autoridades "Románticas" como las descritas por Yrarrázaval, encantadas por la varita mágica del internacionalismo, que prefieren atrincherarse en la cáscara de la integración mundial creyendo que ella se reduce sólo a las bondades de la Internet, al avance de las mentadas doctrinas de derechos humanos y, por supuesto, a la concienciación mundial por la ecología y la conservación de la naturaleza.

En octubre del año 2003, los miembros del directorio de la Corporación de Defensa de la Soberanía tratamos de convencer desesperadamente al entonces Ministro Secretario General de la Presidencia, don Francisco Huenchumilla, del error que significaría el acuerdo que estaba a punto de firmar con el magnate norteamericano Douglas Tompkins para convertir Parque Pumalín en un Santuario intocable, donde no podría tener acceso ni siquiera el tramo de Carretera Austral pendiente en la zona y proyectado desde los años ochenta. Como podrá deducirse a estas alturas, nuestros esfuerzos no lograron resultados, pues desde hacía años La Moneda permanecía dominada por el Romanticismo Globalista, donde conceptos retrógrados de Geopolítica o temores anacrónicos de peligros limítrofes han ido a parar museo junto a las ventosas medicinales y a las cámaras de fuelle.

De nada valió en la ocasión recordar el caso de Texas, riquísimo estado de México que fuera comprado paulatinamente por millonarios latifundistas, que lograron independizarlo para luego

incorporarlo a la Unión de los Estados Unidos de Norteamérica, en 1845, desatándose una sangrienta guerra. De nada valió agregar que los cerca de un millón y medio de kilómetros cuadrados del territorio de Alaska fueron comprados en 1866 por los Estados Unidos, en la suma de siete millones de dólares a la Rusia Imperial, venta de la que los rusos bolcheviques se lamentaron durante los cerca de setenta años de tiranía soviética por el costo estratégico que tuvo en plena Guerra Fría. A favor de los rusos se podrá decir, sin embargo, que al menos lo vendieron, porque los chilenos, quince años después, regalamos a cambio de nada una cantidad muy cercana de kilómetros cuadrados en la Patagonia. De nada valió, tampoco, recordar que el país de Belice, la "Hondura Británica", nació a partir del reconocimiento de Guatemala a concesiones madereras otorgadas a empresarios ingleses en tiempos coloniales en sus ricas regiones de bosque litoral, permitiendo que estos territorios se declararan independientes en 1964, siendo reconocidos como tales por la ONU en 1981, a pesar de todos los intentos guatemaltecos por recuperarlos.

En fin, de nada valió. No existe argumento ante el delirio del "Romanticismo Globalista", como tampoco lo hubo con los "Románticos" y los "Americanistas" de los tiempos de la entrega de la Patagonia oriental.

Sin embargo, ¿es por ello nuestra posición, una visión caduca y retrógrada de la realidad contemporánea, como tantas veces se nos ha alegado desde las tribunas del "Romanticismo Globalista"? ¿Será que en realidad somos nosotros los "Románticos" perdidos en el tiempo y en el espacio, como esas monstruosidades viajeras e interdimensionales que asoman en los relatos de terror de Lovecraft? Respondamos a esta pregunta consultando a una voz autorizada: al investigador mexicano Juan Enríquez Cabot, miembro del Centro David Rockefeller para Estudios Latinoamericanos para la Universidad de Harvard, cita obligada para nuestro tema en tratamiento.

Desarrollando y actualizando las teorías sobre el reordenamiento global, Enríquez nos dice:

> *"Hasta ahora, el hemisferio occidental ha sido una parte del mundo que parece haberse mantenido al margen de los impulsos secesionistas..."*
>
> *"El objetivo de la mayoría de las guerras actuales es hacer a los países más pequeños, no más grandes".*

Ahora bien, cuando Enríquez pasa a pronosticar dónde tendrán lugar esos próximos brotes de independentismo secesionista, declara enfático: *"Chile, Argentina o Brasil"*, inclusive acaparando territorios de más de uno de ellos. El Sur de Brasil, la costa de Guayaquil en Ecuador y el Sur de Chile y Argentina están entre los que más peligran, a su juicio.

¿Podrá argüirse que estas declaraciones también son obsoletas, anacrónicas y que se ofrecen como retazos de otros tiempos y otras realidades que la dicha del Globalismo y el progreso mental del mundo se han encargado de dejar rezagados? ¡Pero cómo! ¡Si apenas fueron publicadas en Estados Unidos en un artículo titulado *“Too Many Flags?”* de una edición del *“Foreign Policy”* y del semanario *"The Economist"* del año 1999!

Se recordará que unos años antes, en 1995, un agitador político argentino ligado a siniestros organismos de la izquierda internacional -que financian y dirigen gran parte de las actividades anarquistas en la Argentina-, había promovido sin rubores la “Independencia de la Patagonia

Argentino-Chilena” en el diario “Página 12” del 30 de marzo y la revista “Humanista” del 27 de abril. Hoy sabemos que las agrupaciones argentinas ligadas a sediciosos como el aludido, al alero de la pretendida defensa de los derechos humanos, mantienen estrechos y fraternos vínculos con el Centro David Rockefeller para Estudios Latinoamericanos, reconocido como una autoridad en la materia.

Inquieta también que otras instituciones mencionadas en el currículum de Enríquez nos suenan conocidas: El Centro David Rockefeller ha sido por años uno de los principales financistas de las campañas más agresivas y radicales de grupos ecofundamentalistas, como los que operan en Chile, además de otros supuestamente ligados a la defensa de los derechos humanos o los pueblos originarios en Chile y Argentina. De hecho, Douglas Tompkins, la Ecología Profunda y varios miembros del Cartel Verde tienen fuertes y conocidos nexos con dicha organización, además de otras como la Fundación Goldsmith británica y la misteriosa sociedad secreta *Skull & Bones*, que para muchos representa en nuestros días una de las más poderosas del mundo, sobrepasando incluso a la masonería tradicional en los Estados Unidos.

Por otro lado, muchas de las autoridades chilenas de la administración que ha firmado el Acuerdo del año 2003 para Parque Pumalín, están relacionadas con la casa de estudio de Harvard, como el propio Presidente Ricardo Lagos Escobar. Y como bien sabemos, entre bueyes no hay cornadas. Curiosamente, se ha señalado varias veces que el origen de *Skull & Bones* se encontraría entre miembros de la Universidad de Harvard.

Nuestras peores sospechas llevan tiempo confirmadas. Lo habrían confirmado también los propios avales del acuerdo con Tompkins, al encontrarse con la sorpresa de que, menos de un año después, el mismo convenio ya era violando por el magnate cuando una de sus instituciones compró para la "conservación" la Estancia Valle Chacabuco, cuya actividad ganadera era el sustento económico de la mayor parte de los habitantes del poblado de Cochrane, ahora en serio peligro.

Pero el "Romanticismo Globalista" pudo más que la realidad expuesta ante sus propios ojos... Pudo más incluso que las líneas que presentáramos a La Moneda aquel mediodía de octubre, en la que, rindiendo tributo a la veracidad de los pronósticos de Enríquez, el magnate Douglas Tompkins se permite escribirle al colono Omar Tampier, del sector de Corcovado, por carta del día 21 de septiembre de 1998:

> "...*el dueño del fundo Linahuá no soy yo como persona sino que una de nuestras fundaciones en los Estados Unidos, que no puede bajo ninguna circunstancia ceder tierra a nadie ya que está en contra de sus reglas de Impuestos Internos de los Estados Unidos...*"

¿Cómo esperar, entonces, que respete a los colonos de la zona, que se atenga a la legislación chilena y que detenga amistosamente la compulsiva compra de territorios de Palena? ¿Cómo esperar que realice de una vez por todas el tantas veces postergado "traspaso" de sus tierras al Estado de Chile para su conservación, si en la práctica, admite que no puede realizar transferencias de ningún tipo a pesar de que, a la fecha de la carta señalada, había pasado cerca de un año de su primer acuerdo con el Estado de Chile, en el que se comprometía, precisamente, a traspasárselos a corto plazo, cosa que jamás concretó?

No tenemos las respuestas a estas preguntas. Y es seguro que los "Románticos Globalistas" que han amarrado a Chile a esta difícil posición, no las proporcionarán tampoco.

VIDENTES Y SOÑADORES

Pero entre tanta galería de perfidia y cuadros de pesimismo, Yrrarázaval fue capaz de distinguir y destacar a los hombres visionarios que, ya sea por razones estrictamente prácticas o nacidas de la ilusión nostálgica por tiempos de héroes clásicos y ciudades perdidas, supieron comprender que no existe el territorio que valga *"pedacitos más o pedacitos menos"*; que cada fragmento de suelo, cada piedra, cada gota de mar, cada hoja de otoño, es el trozo de *una hostia sagrada* llamada Chile, al decir del poeta nacional Miguel Serrano.

Hombres que supieron a tiempo que nada de ella puede ser entregado, ni menos vilmente vendido, a precios absurdos, equivalentes a veces, en el caso de Palena, a cerca de mil pesos por hectárea; o en el caso de algunas de islas australes, cada una a menos de lo que vale un par de zapatos de buena calidad.

Lugar destacado entre los "Videntes", como los denomina Yrarrázaval, encontrará la memoria de don Vicente Pérez Rosales, quien en contra de todo el ambiente ignaro y derrotista de la intelectualidad chilena de aquellos años, publicó en 1856 su obra "Ensayo sobre Chile", en el que declara expresamente dentro del territorio a la Patagonia oriental recordando, además, que es inmensamente valioso y rico, en oposición al amén darwiniano seguido por Lastarria, Barros Arana o Vicuña Mackenna. Consciente de que la verdad revelada de golpe y porrazo siempre se arriesga al escarnio y la polémica, Pérez Rosales advirtió magistralmente sobre la Patagonia que:

> *"...el aspecto inhospitalario de su litoral marítimo, forman un juicio temerario sobre el interior de un país que ha encontrado más fácil calumniar que estudiar y conocer penetrando en él"*.

Sin embargo, informes sobre el valor territorial de la Patagonia oriental como los de Pérez Rosales, Máximo Ramón Lira y el entonces Capitán de Fragata Enrique Simpson, resultaron voces en el desierto.

Muchas veces ha sido esa, precisamente, la sensación que nos queda cuando vemos la violencia y hasta la censura hacia los enormes esfuerzos desplegados contra el saqueo y la vil venta del suelo austral, por parte de un puñado de parlamentarios, alcaldes, académicos y periodistas que, desde más arriba o más abajo, han intentado frenar esta Segunda Entrega de la Patagonia, también en condición de verdaderas voces en el desierto.

Lejos de la intelectualidad, está también otra clase de visionarios que Yrarrázaval denomina "Soñadores"; hombres que, tentados con historias fantásticas sobre la Ciudad de los Césares y la legendaria Trapananda, se aventuraron en expediciones llenas de ilusión y lirismo epopéyico, tal vez con magros resultados objetivos, pero con notable influencia sobre el conocimiento de esos territorios, su poblamiento y su actual toponimia. He ahí, por ejemplo, un Padre Mascardi, que sale hacia 1670 desde Chiloé con la intención de encontrar Los Césares en algún recóndito escondrijo de los Andes patagónicos, llegando de este modo hasta el Atlántico y fundando de paso la orden religiosa de Nahuelhuapi, a la sazón territorio

del Reino de Chile como toda la Patagonia oriental, donde el viajero encontrará la muerte en manos de indígenas hostiles.

Pero la aventura no acabó con la partida de Mascardi a los reinos celestes.

Más historias de búsqueda y leyenda serían escritas en años posteriores y una nueva generación de exploradores sustituiría a los émulos chilenos de Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya. Se trata de los colonos australes, una casta de hombres osados e infatigables, nacidos en la misma cuna de humilde madera vieja del "roto" que nos dio el triunfo rotundo en la Guerra del Pacífico, para luchar y vencer ahora en esas tierras salvajes de la Patagonia Austral, donde aún es posible ser pionero, en pleno siglo XXI.

Hombres que decidieron renunciar a la seguridad y a las garantías de la urbanidad, para entregarse a vidas duras en las que se da combate a diario, y en las que actos tan sencillos como tapar una gotera del techo o calentar el agua para un té, demandarán esos mismos esfuerzos enormes a los que nuestra sociedad citadina decidió renunciar hace siglos, en pos de una existencia más grata y cómoda. Hombres que representan lo mejor de nuestra raza y lo más granado de nuestro pueblo, habitantes desinteresados que hacen patria en donde la única presencia la constituyen ellos, llenando cada rincón de nuestro territorio como el alma llega a cada parte del cuerpo.

¿Y cómo ha sido el pago de Chile a sus mejores elementos, a sus más esforzados y sacrificados hijos, colonos de un territorio en donde sólo existen febrero y el invierno?

He ahí, como respuesta, el caso del colono Atilio Ruiz Soto, quien vivía con su familia desde 1989 en Caleta Gonzalo, zona en que Tompkins llegaría de compras dos años después ayudado de un siniestro grupúsculo político que se apoderó del Ministerio de Bienes Nacionales a principios de los años noventa y que actuaba bajo órdenes de un filósofo político argentino. En 1994, el colono quiso normalizar legalmente su residencia y comenzó a ser hostigarlo por individuos que intentaban convencerle de vender su tierra. Como si con esto no bastara, a principios de 1998, fue detenido por invasión de "propiedad privada", en su propio terreno. Finalmente, Ruiz decidió abandonar su casa y partir hasta Chaitén, dejando atrás sus sueños y una década de esfuerzos fatigantes.

He ahí, además, el caso del matrimonio de don José Carlos Sánchez y doña Viviana Triviño, colonos ancianos de Leptepu, cuya resistencia a vender sus tierras les significó ser perseguidos y acosados por los *gangsters* del fundamentalismo ecológico, poderosos al punto de hacer que la emisión de los títulos de propiedad de sus hijos Sergio y Carlos Sánchez fuera retenida y luego traspasada a las propiedades de su principal hostigador.

He ahí, también, el caso de Oscar Barril, quien llegó a establecerse lleno de ilusiones y esperanzas para hacer crecer su vida en esos mismos paisajes benditos de Vodudahue. Helo ahí, sofocado por las presiones del magnate multimillonario para que también vendiese sus tierras, cosa que resistió a hacer con una energía que ya hubiésemos querido verle a la gran oficina de licitaciones y remates en que ha sido convertido el Estado de Chile. Finalmente, Barril debió cancelar no sólo los gastos de un carísimo proceso judicial, sino que la honorable justicia chilena consideró justo, además, que el modesto colono debiese cancelar al seguramente humilde y menesteroso multimillonario la suma de cinco millones de pesos por concepto de "costas de causa".

He ahí en caso también de Juan Carlos Cubillos, otro colono visionario que decidió dar inicio al sueño de su vida estableciéndose en la Puntilla de Santo Domingo, en Melimoyu, terminando demandado por una misteriosa empresa, palo blanco del magnate de Pumalín, por no querer desprenderse de esos terrenos. A tal punto ha llegado la audacia del millonario "ecofilántropo", en este caso, que se permitió dirigir hasta él una carta amenaza para en la que le escribe, con fecha 4 de mayo de 2000:

> *"Si quieres saberlo, tenemos nuestro propio orgullo y auto respeto* ...*estamos decididos a llegar hasta el final de las cosas, no importa el tiempo que demore y el costo económico que esto signifique".*

He ahí también, y para concluir, el caso del folklorista y periodista chileno Alejandro Chocair, quien llevaba años intentando normalizar su situación como colono de isla Nalcayec, cerca de laguna San Rafael, cuando el año 2003 le llegó la lapidaria noticia de que sus terrenos habían quedado dentro de una enorme venta del Ministerio de Bienes Nacionales a un monstruoso megaproyecto turístico, dirigido por un conocido animador nacido en Chile y avecindado en los Estados Unidos. Chocair, decidido a revertir tal situación, comenzó a marchar pacíficamente desde el Sur hacia Santiago y hacia el Congreso de Valparaíso para demostrar la injusticia de la que era víctima, trayendo consigo importante documentación probatoria. Todos sus esfuerzos terminaron en Concepción, a principios de septiembre de ese año, cuando sus caballos fueron brutalmente agredidos con armas blancas en tendones y patas, y luego recibiendo la fatal noticia de que su madre anciana ha muerto en misteriosas circunstancias en un hospital sureño. Hasta hoy día, el manto de sospechas sobre los extraños sucesos que frustraron el viaje de Chocair a la zona central jamás ha desaparecido entre quienes conocimos de cerca este indignante caso.

Podríamos extendernos en un río de tinta puntualizando caso por caso la tragedia de todos nuestros modernos "Soñadores" de la Patagonia, pero creemos que estos ofrecen un esquema general del drama en que se encuentran nuestros queridos colonos, abandonados por la más ignominiosa actitud de nuestras apáticas autoridades nacionales, las mismas que nos prometieron la alegría, que aseguraron gobernar para todos los chilenos sin excepción y que ofrecieron el crecimiento igualitario para todos.

CONCLUSIONES

En la obra "La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos", Yrarrázaval sólo pretendió adelantar un duro juicio histórico que, a la larga, de todos modos se impondría al ambiente autocomplaciente y expiatorio de políticos e intelectuales chilenos. Sin embargo, sin proponérselo, nos ha dejado el valor de una gravísima y peligrosa advertencia sobre el destino de Chile y su soberanía territorial, la que hemos tratado de rescatar con esta exposición.

Resulta impropio y doloroso tener que referirse ya no sólo hechos consumados, como fue la Primera Entrega de la Pagatonia Oriental y sus varias secuelas reducidas en nuevas entregas, sino también a la virtual espiral de peligro en que Chile está cayendo precisamente por la inconsciencia e indiferencia quienes repiten los mismos errores como un eco maligno del tiempo, arrastrando los hechos hacia la Segunda Entrega, la Venta Final, la pérdida definitiva.

Hemos presentado esta muestra a unas semanas de haberse cumplido el décimo aniversario de la pérdida del territorio chileno de Laguna del Desierto y faltando sólo unos días para el vigésimo cumpleaños de la entrega en el canal del Beagle. No lo hacemos con la intención de emular a Yrarrázaval en nuestros tiempos o en nuestro contexto de realidad, sino con el propósito de traer a la superficie la lección sangrante y ardiente que dejó su más controvertida publicación sobre una llaga abierta de la historia de Chile.

Ojalá que sólo sea ésa la utilidad única de este trabajo, y no llegue a servir, en cuarenta o cincuenta años más, para que otro nuevo Yrarrázaval desadaptado y rebelde, lo use como modesta guía en su intento de defender el poco territorio que aún sobreviva en su Patria Chilena, y descubrir quién tuvo las responsabilidades y de dónde provinieron los errores que condujeron inevitablemente al descomunal saqueo de nuestro territorio austral, para entonces ya ajeno, distante y enemigo.

Muchas gracias.

En noviembre de 2004

CRISTIAN SALAZAR NAUDÓN

Miembro del Consejo de Investigadores del Centro de Estudios Históricos Lircay

Secretario General de la Corporación de Defensa de la Soberanía